

LAS ESTATUAS ANIMADAS DE CONSTANTINOPLA

Miguel Angel de Elvira

Universidad Complutense de Madrid

Hace un par de años, en el curso de un estudio sobre la *ekphrasis* bizantina, entré en contacto con un artículo que me fascinó enseguida: era el titulado "Antique Statuary and the Byzantine Beholder"¹, y en su primera parte el autor, Ciril Mango, pasaba revista a toda una serie de fantásticas leyendas que en Bizancio corrían sobre las esculturas antiguas que adornaban la ciudad. Casi todas estaban incluidas en un curioso tratado, las *Parástaseis Syntomoi Chronikái*, que yo entonces desconocía por completo, y de ellas se extraían interesantes conclusiones sobre la mentalidad popular bizantina allá por los siglos VII y VIII. No pude por entonces resistir a la tentación de resumir en unos párrafos sus ideas fundamentales², y me prometí a mí mismo volver sobre el asunto cuando surgiese la ocasión. Y esto ha ocurrido, precisamente, al llegar a mis manos dos obras esenciales: la novísima y bien documentada edición de las *Parástaseis*, editada por A. Cameron y J. Herrin,³ y el erudito a la par que sugestivo libro de G. Dagron titulado *Constantinople Imaginaire* (Paris, 1984), el estudio más documentado hasta ahora sobre las leyendas constantinopolitanas.

El título de este artículo no se refiere por tanto a muñecos

(1) En *DOP*, 17, 1963, p. 55 ss.

(2) M. A. Elvira, "La escultura clásica en los epigramas bizantinos de la Antología", *Erytheia*, 4, 1984, p. 26.

(3) A. Cameron y J. Herrin (eds.), *Constantinople in the Early Eighth Century*, Leyden, 1984.

articulados o a autómatas, sino que es un homenaje, como veremos, a la tesis fundamental que sostuvo Mango en su estudio. Aquí sólo queremos glosar las ideas que él y Dagron han tratado con mucha más amplitud, aportando, si es posible, datos nuevos.

A título de simple introducción, resumamos el planteamiento del problema. Como es sabido, cuando Constantino reorganizó la ciudad de Constantinopla, trajo de los más diversos lugares de Grecia estatuas antiguas para su ornamentación. Este acarreo de esculturas aún siguió en los reinados inmediatos, y en el siglo V la ciudad tenía un par de centenares de obras clásicas por sus calles y plazas. Eran estatuas desplazadas, introducidas en un ambiente paleocristiano que desde el principio les era ajeno, y desde muy pronto su iconografía empezó a ser confusa. La gente reconocía, eso sí, algunas figuras muy caracterizadas (Atenea, Heracles, Afrodita...),⁴ pero hasta los letrados tenían sus dudas a la hora de dar títulos y de dictar epígrafes para las bases de algunas de ellas.⁵ Con el tiempo, la situación fue empeorando: en los siglos V y VI hubo incendios que destruyeron varias decenas de obras; bastantes lápidas se perderían; otras, llenas de abreviaturas, dejaron de entenderse y, poco antes de estallar la crisis iconoclasta a principios del siglo VIII, nos hallamos ya ante una situación muy curiosa: Constantinopla tiene muchas estatuas clásicas, incluso de divinidades, salvadas del fanatismo cristiano de los primeros tiempos por la presencia disuasoria del poder imperial; ya nadie piensa en seguir destruyendo "ídolos", pero el nivel cultural ha caído hasta un punto muy bajo, poca gente sabe leer, muchas inscripciones son indecifrables⁶, y los bizantinos se preguntan sobre las estatuas que

(4) Según señalaba justamente J. Seznec, *La survivance des dieux antiques*, París, 1980, p. 152, en Bizancio siempre se conservaron, en ciertos medios artísticos de difícil acceso (miniatura, cofres de marfil, etc.), ciertas iconografías de dioses o de escenas de la mitología y épica antiguas. Pero esto, a nivel social, tenía un alcance casi nulo. Incluso en iconografías muy claras se daba a menudo una interpretación falsa: Heracles podía ser interpretado como Sansón, por ejemplo (J. Maksimovic, "Les thèmes mythologiques grecs dans la sculpture byzantine", *Actes du XIV Congrès Intern. des Et. Byzantines*, Bucarest, 1971 (ed. en 1975), II, p. 495).

(5) M. A. Elvira, *op. cit.* en nota 2, p. 38.

(6) A nivel simplemente orientativo, exponemos la opinión de C. Mango

tienen delante.⁷

Para responder a esta curiosidad parece que, tras aislados intentos parciales, se recopilan las *Parastáseis*. Corren los últimos años del siglo VII cuando a alguien, acaso a un funcionario denominado en el texto "Philokalos", se le ocurre organizar una encuesta para reunir todo lo que se sabe de las esculturas de la ciudad, en buena parte antiguas. Encarga a varias personas que se ocupen del asunto, y éstas, preguntando a la gente, consultando algún texto que tienen a su alcance, e inventando algún otro, logran componer el fichero. En él entran estatuas existentes y estatuas ya perdidas, pero que se recuerdan. Las *Parastáseis* se concluyen en los primeros años del siglo siguiente, y constituirán un material de primera mano para obras posteriores del mismo tipo, como el *Anónimo Treu* y, ya a fines del siglo X, el libro II de las *Patria Constantinopoleos*⁸.

(en "Discontinuity with the Classical Past in Byzantium", en M. Mullet y R. Scott (eds.), *Byzantium and the Classical Tradition*, Birmingham, 1981, p. 48 ss. (reeditado en C. Mango, *Byzantium and its Image*, London, 1984, p. 48 ss.), p. 49), según el cual debía de haber en el siglo IX, en la sociedad bizantina, un 95% de analfabetos, y el resto se repartía en un sector "semiculto", que sabía leer pero no estaba muy ilustrado, y un grupo muy pequeño (alto clero, principales funcionarios, casa real) que podía dedicarse a la lectura y erudición. Obviamente, es a ese sector mínimo al que pertenecía la inmensa mayor parte de los literatos, pero su irradiación era por fuerza muy débil, dejando mucho campo a la cultura oral popular.

(7) Es una faceta de lo que E. Panofsky, *Renacimiento y renacimientos en el arte occidental*, Madrid, 1975, p. 136, llama "principio de disyunción". Por una parte se ven las estatuas sin saber a quién representan; por otra se leen los textos clásicos y, para ilustrarlos, se crean imágenes nuevas de dioses, filósofos, etc., de la Antigüedad. Es una brecha que sólo logrará cerrar el Renacimiento italiano (p. 156). En el caso concreto de Bizancio, la disyunción, hacia el 700, queda facilitada por el olvido de la literatura antigua que se aprecia por entonces, merced a la concentración de energías en la problemática teológica (K. Weitzmann, "The Survival of Mythological Representations...", *DOP*, 14, 1960, p. 45).

(8) En este párrafo resumimos las ideas expuestas en la introducción a la edición de las *Parastáseis* citada en nota 3. Señalamos de paso que este libro II de las *Patria Constantinopoleos* es conocido también, con falsa atribución, como el *De signis, statuis et aliis spectatu dignis Constantinopolis* (más los primeros párrafos del *De aedificiis*) de Jorge Codino (*P. G.* de Migne, CLVII, p. 475 ss., o, mejor, T. Preger (ed.),

Las *Parastáseis*, pese a su carácter de *dossier* un tanto desordenado e inacabado, son una obra curiosísima. Texto laico en un mundo abrumado por la teología, constituyen un testimonio de primer orden no sólo para los historiadores de la ciudad o de la escultura clásica, sino también, y sobre todo, para quienes desean acercarse a la mentalidad bizantina. A través de esta obra y de sus sucesoras podemos conocer qué pensaba el bizantino medio de sus antepasados, qué era capaz de creer o qué le interesaba más del mundo pagano y hasta del suyo propio. Y para ello es interesante incluso la forma misma en que se hizo la composición: quienes recopilaron las leyendas —y parecen prestarles fe— eran hombres más o menos letrados, que rechazarían las atribuciones descabelladas en exceso, los relatos demasiado fantasiosos —para ellos—, y que tenían una idea un tanto elitista de su labor. Constantemente se nos recuerda que para los sabios o "filósofos" las estatuas tienen un valor muy elevado, que la plebe no logra captar. Por tanto, hemos de ver el resultado como el resto de una criba a la que se han sometido leyendas populares en aras de la verosimilitud, y añadiendo algún conocimiento erudito por parte de personas que parecen conocer bastante bien los cuatro últimos siglos de su historia. La conclusión es obvia: si leyendo las *Parastáseis* hallamos historias que hoy pueden parecernos patrañas populares, podemos creer que eran algo aceptado como posible en torno al año 700 por la práctica totalidad de la sociedad bizantina (incluidos, como tendremos ocasión de ver, bastantes emperadores y patriarcas). Hay por tanto que matizar mucho el concepto de "popular attitude" que Mango les atribuye. Las *Parastáseis*, aunque resulte duro el decirlo, se sitúan a un nivel semiculto, algo así como, más de tres siglos después, las *Mirabilia*

Scriptores Originum Constantinopolitanarum, Leipzig, 1901 - 1907, tomo II, p. 151 ss). Véase sobre este punto también L. Borrelli Vlad y A. Guidi Toniato, "Quellen und Texte zu den Pferde von San Marco", en v.v.a.a., *Die Pferde von San Marco*, Berlin, 1982, p. 25. Para otros aspectos (bibliografía, crítica textual, manuscritos, etc.), enviamos a la repetida edición de las *Parastáseis* y, en ciertos aspectos, al citado libro de G. Dagron.

(9) Hay diversas ediciones de las *Mirabilia Romae* y de la *Graphia Aureae Urbis*, su primera versión: R. Valentini y G. Zucchetti, *Codice topografico della città di Roma*, Roma, 1940-1953, vol. III; Ulrichs, *Codex Urbis Romae Topographicus*, Würzburg, 1871, p. 92 ss.; I.

Conscientes de este planteamiento, pasemos a ver las leyendas. Ante todo, diremos que muchas no llegan formalmente a tales, o nos han llegado reducidas a su mínima expresión: se trata, por ejemplo, de nombres convencionales que reciben algunos monumentos, sin que se nos den razones. ¿Porqué, por poner un caso, se les dio a unas figuras colocadas sobre pedestales los nombres de Adán y Eva, y a otras los de Hartzago y Hambre (§ 5)? posiblemente había alguna leyenda que lo explicase, pero ni las *Parastáseis* ni nadie nos la han transmitido. Es como cuando, sin más, se sitúa un hecho célebre e histórico en un lugar concreto, en el que con seguridad no ocurrió.

Prescindiremos de este tipo de datos, para centrarnos en las leyendas más completas, las que contienen un relato, por sencillo y esquemático que este sea.

No todas las leyendas que tratan de restos antiguos son igualmente reveladoras de una mentalidad colectiva concreta, y por tanto no todas nos han de interesar por igual. Por ejemplo, es cosa sabida por cualquier arqueólogo que han llegado hasta hoy, y pueden incluso seguirse oyendo en los pueblos, toda una serie de tópicos legendarios relativos a ruinas o hallazgos. A título de ejemplo, podemos citar algunos, que se dan en Constantinopla como en cualquier otro lugar:

—Tópico del "tesoro escondido". Es sin duda el más repetido, acaso, incluso el origen histórico de la arqueología: el ajuar de una tumba, las monedas ocultas por un magnate que esperan a alguien que las descubra o que han hecho ya rica a una persona. En Constantinopla, se decía que había mucho oro enterrado por Constantino el Grande bajo el Gran Strategion (§ 24), que también había muchas monedas sobre la columna que sostenía la estatua de la Tyche (§ 56), que no faltaba oro y plata cerca del Amastrianon (§ 41), y que había una estatua de oro y plata de Crispo¹⁰ enterrada en el pórtico dei Tetradesion (§ 7). Se trata pues de bastantes casos, a los que hay que añadir uno más peculiarmente bizantino, el de las reliquias ocultas: nada menos que las cruces de los dos ladrones y la mirra con que se ungió el cuerpo de

Ferrante Conti (ed.). *Mirabilia Urbis Romae*, Albano Laziale, 1930. Sobre este asunto en general, puede verse R. Weiss, *The Renaissance Discovery of Classical Antiquity*, Oxford, 1969, p. 5 ss.

(10) Aunque las *Parastáseis* lo citen como "Constantino", el contexto exige la corrección, puesto que se nos dice que el emperador la erigió a su hijo, arrepentido de haberlo matado.

Cristo, entre otras cosas, se hallaban enterradas bajo el Foro (§ 23).

—Tópico del "palacio subterráneo" o de la "gruta misteriosa". Este tópico, particularmente desarrollado en el mundo árabe y que llega en España hasta la cueva toledana de Don Rodrigo, sin faltar en ninguna región, acaso choca en Bizancio precisamente por su rareza. Sólo se cita, y confusamente, el palacio de Tauro, con ídolos y relieves dentro (§ 57). Probablemente los bizantinos no contaban, entre sus experiencias cotidianas con hipogeos funerarios ni grandes ruinas sepultadas.

Podríamos continuar este catálogo de tópicos, pero no nos parece necesario: leyendas de dragones, interpretación cristianizada de obras paganas, etc., no nos llevaría muy lejos en nuestro cometido.¹¹ Sólo queremos señalar, y por gusto personal, un tópico que no nos parece haber sido resaltado como merece: el del "hallazgo del gigante". Es un tema que ya se halla en la Antigüedad,¹² y que vemos en la Edad Media por todas las latitudes: en 1045 aparece en Roma un cuerpo gigantesco que se interpreta como el de Evandro, hijo de Eneas;¹³ Benjamín de Tudela, en la Mezquita de Damasco, ve en el patio "una cabeza de gigante revestida de oro y plata, construida a guisa de fuente; ...allí... está colgada una costilla del mismo gigante, cuya longitud es de nueve palmos y su anchura dos palmos. Y dicen que él era el rey gigante de los antiguos cíclopes; su nombre era Rey Abramaz, pues así (lo) hallaron grabado en una piedra, sobre su tumba, y estaba escrito en ella que reinó sobre el mundo entero.¹⁴ Incluso al abrirse los cimientos para

(11) En esto diferimos de la opinión de C. Mango (*op. cit.* en nota 1, p. 63-64), quien se extiende en considerar muy bizantina la interpretación de estatuas paganas como personajes bíblicos o cristianos. En nuestro apoyo, véase por ejemplo E. Panofsky, *op. cit.* en nota 7, p. 142.

(12) Baste recordar, por ejemplo, a Pausanias, quien incluso discute el problema (I, XXXV, 5-7), o citar las palabras de Tácito, que al hablar de la vida de Augusto (LXXII) nos describe en sus villas "curiosidades antiguas y raras, como esos restos enormes de bestias monstruosas descubiertos en Capri, los que llaman los huesos de los gigantes y las armas de los héroes" (Trad.: V. López Soto).

(13) W. Malmesburiensis, *De gestis regum Anglorum libri quinque*, ed. W. Stubbs, I (London, 1887), 258-59; citado por V. Bracco, *L'archeologia classica nella cultura occidentale*, Roma, 1979, p. 24.

(14) J. R. M. Nom de Deu, *Libro de viajes de Benjamín de Tudela*,

las murallas de Madrid, en el siglo IX, aparecieron, según Ibn al-Munim al Himyari, restos de un hombre gigantesco¹⁵. Pues bien, Bizancio tiene también su gigante: fue hallado al hacer una zanja en la iglesia de San Menas, y el emperador Anastasio (491-518) "lo vio, se asombró y lo depositó en la Fossa como una extraordinaria maravilla" (§ 25).

En realidad, pocas leyendas habrá en el mundo relativas a monumentos antiguos que no puedan incluirse en algún tópico universal. Pero, a partir de ahora, queremos marcar una ruptura. Entramos en unos temas que, por su particular desarrollo en el campo de las leyendas constantinopolitanas, casi parecen privativos suyos, o por lo menos capaces de caracterizar la mentalidad bizantina.

Así, si podemos, en un plano teórico, dividir las leyendas sobre monumentos en tres grandes apartados: las etiológicas, es decir, las que explican su creación; las relacionadas con la presencia de las obras; y las que analizan las causas y consecuencias de su destrucción; y añadir además su repetición de carácter "arqueológico" (descubrimiento de la obra; leyendas relativas a la obra descubierta; destrucción de la obra descubierta), la actitud de Bizancio parece clara: sin faltar leyendas de ningún tipo, las que interesan más son las de destrucción, que son precisamente las más escasas en el resto del Mediterráneo.

El hecho es, en principio, explicable si recordamos que las estatuas llegaron a Constantinopla cuando muchas de ellas llevaban siglos relalizadas, y por tanto sus orígenes poco afectaban a la vida de la ciudad. Pero hay que añadir, además, dos factores que sólo anunciamos por ahora, y a los que volveremos en párrafos sucesivos: el pesimismo acendrado, y que precisamente crecerá en Bizancio durante la Baja Edad Media (aunque es normal en muchos campos de todas las culturas populares), y, sobre todo, la idea de que las estatuas

Barcelona, 1982, p. 83. Posiblemente se trate de la misma costilla que cita en el siglo XIV Juan de Mandavila: "E sabed que Jafa está en una roca ... do Andramandones, un gran gigante, fue metido en presión antes del tiempo de Noé; del qual gigante hay aún una gran costilla que ha en luengo cuarenta pies" (J. de Mandavila, *Libro de las Maravillas del Mundo*, ed. de G. Santonja, Madrid, 1984, p. 25).

(15) Citado por E. Tormo en *Las murallas del Madrid de la Reconquista*, Madrid, 1945.

no son simples objetos sin vida: su destrucción tiene así el morbo de la muerte.

Otro tema particularmente divulgado en Bizancio (y raro fuera de él) es el del objeto oculto en una estatua de bronce. En ocasiones, puede tratarse de un adorno famoso, como la guirnalda de Cleopatra (§ 39); en otras, de una hallazgo extraño, casi surrealista, como cuando, al romperse la estatua de un elefante apareció dentro un esqueleto y una tablilla con la inscripción: "Ni siquiera en la muerte estoy separado de la santa joven Afrodita" (§ 17); en otras, en fin, de una variante del tópico del "tesoro escondido", que puede traer aparejada la malévola destrucción del descubridor (§ 14). De cualquier modo, parece que nos hallamos ante meditaciones sobre una técnica, la de la fundición del bronce en hueco, que era prácticamente ignorada por el pueblo bizantino.

Más profundo parece otro tema, y de planteamiento más general. Se trata de la insistencia de las *Parastáseis* en recordarnos cómo se tomaban observaciones astrológicas y se pronunciaban oráculos junto a ciertas estatuas (§ 5d, 62, por ejemplo).¹⁶ Esto nos acerca ya a lo que, como veremos pronto, es una de las características más evidentes de la mentalidad bizantina: su enorme credulidad ante astrología, magia y todo tipo de ciencias ocultas, y la relación que establecía entre estas viejas ciencias heredadas del remoto pasado y las también antiguas estatuas.

Sin embargo, parece que la interpretación legendaria de las estatuas paganas de Constantinopla debe contemplarse según dos claves prefentes, y que no se excluyen, sino que se complementan. Son las que, respectivamente, han seguido G. Dagron y C. Mango.

G. Dagron¹⁷ centra su interés en las leyendas que conceden a ciertas estatuas un sentido alegórico, simbólico e incluso profético. Algo en cierto modo paralelo al sentido oculto que, por ejemplo, prestaban las *Mirabilia Romae* a los Dioscuros del Quirinal: van desnudos porque los filósofos a los que representan (Fidias y Praxiteles[!]) despreciaban el mundo; sus dedos plegados señalan lo

(16) También es curiosa la afirmación de Nicetas Choniates (*De statuis*, en P. G. de Migne, vol. , col. 1049-1050) según la cual las alas de la estatua de un águila servían de reloj de sol. ¿Acaso un inicio de racionalización propio de un sabio de principios del siglo XIII?

(17) G. Dagron, *op. cit.* en el primer párrafo, p. 127 ss.

que ocurrirá en el futuro; los caballos a los que dominan son los poderosos de este mundo, que habrán de plegarse ante Cristo; y, entre ellos, una mujer con una vasija prefigura el bautismo.¹⁸ Y, evidentemente, en las *Patria*, que es el texto que maneja con preferencia Dagron, esta visión se da muy a menudo, sobre todo en la serie de descripciones de dioses con que se abre el libro II.

Sin embargo, es curioso, a este respecto, que las *Parastáseis* (algo anteriores, recordamos) no se ocupen apenas de este enfoque, o, más exactamente, le presten una atención sesgada: se preocupan más por alabar y reverenciar a los sabios capaces de entender simbolismos ocultos (S 64) que por exponernos tales simbolismos. ¿Casualidades? ¿cambio de mentalidad a lo largo del siglo VIII? De cualquier forma, es cierto que, aparte de las *Parastáseis*, la literatura bizantina y los testimonios de viajeros occidentales concuerdan en repetirnos leyendas de este tipo. Nos bastará un simple ejemplo: el de la estatua de Justiniano a caballo, sobre una columna, que se hallaba frente a Santa Sofía. Ya las *Patria* (pár. 17) aluden a la esfera con una cruz que lleva en una mano como símbolo de poder y a la otra mano extendida en señal de amenaza a los persas. En el siglo XIV, Juan de Mandavila actualiza el simbolismo: "...solía tener una manzana redonda en la mano, mas ella no se le puede tener. La manzana significa la señoría que tenía sobre el mundo, porque es redonda; y la otra mano tiene él levantada contra Oriente, en señal de menazar los malfechores".¹⁹ Y a mediados del siglo XV, Pedro Tafur relata la fase final de esta visión decadentista: la mano del señala por donde "avie de venir la destruyción de Grecia".²⁰

(18) Citado por E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, México-Madrid, 1976, p. 577 (según versión de las *Mirabilia*) y por V. Bracco, *op. cit.* en nota 13, p. 26 (según versión de la *Graphia*).

(19) J. de Mandavila, *op. cit.* en nota 14, p. 12.

(20) P. Tafur, *Andanças e viajes de un hidalgo español* (ed. M. Jiménez de la Espada), Barcelona, 1982, p. 173; Tafur, por cierto, llama "Constantino" al emperador representado. El que las estatuas de guerreros señalen el lugar de donde se espera que lleguen los enemigos es un tema legendario muy difundido. Véase, por ejemplo, en J. M. Rubiera, *La arquitectura en la literatura árabe*, Madrid, 1981, p. 41, la leyenda del jinete colocado en una cúpula de Bagdad por al-Mansur: "La gente decía que por la dirección que miraba la estatua y apuntaba con su lanza vendrían los jariyies. Y al cabo del tiempo, los jariyies llegaron por esa dirección"

El simbolismo y la profecía, como vemos, suelen ir unidos, e incluso, como es lógico, a los bizantinos les interesa más la segunda, aunque, insistamos en ello, las visiones del futuro suelen ser tristes. Recuérdese, por ejemplo, la interpretación que dan las *Patria* (pár. 77) de una estatua de Caribdis devorando a los compañeros de Ulises como una señal del fin de los siglos, o (pár. 79) de unos relieves del hipódromo como una profecía de los últimos tiempos realizada por Apolonio de Tiana.

Las estatuas refuerzan su valor profético, a menudo, con inscripciones indescifrables. En este sentido, la mentalidad bizantina se acerca más al Oriente (leyendas egipcias sobre el sentido de los jeroglíficos, por ejemplo)²¹ que al mundo occidental, donde el tema de la inscripción misteriosa es mucho más raro.²² Parece como si los griegos medievales fuesen incapaces por completo de entender las lápidas, y tuviesen que acudir a las mayores fantasías.

(relato tomado de al-Qazwini).

(21) Los jeroglíficos, ya desde época romana (véase P. A. Clayton, *Redescubrimiento del Antiguo Egipto*, Barcelona, 1985, p. 9), eran considerados portadores de una sabiduría filosófica y profunda. En el Medioevo, lógicamente, siguieron llamando la atención en ese sentido. Véase por ejemplo la opinión de Benjamín de Tudela (*op. cit.* en nota 14, p. 121) sobre un sepulcro hallado en Alejandría, o las de Ibn Battuta (*A través del Islam* (ed. S. Fanjul y F. Arbós), Madrid, 1981) sobre las pirámides de Gizeh (p. 138) o sobre el templo que él denomina "de Ajmim" (p. 146).

Por lo demás, recuérdese también, en Damasco, la inscripción del gigante Abramaz que, como hemos visto, recuerda Benjamín de Tudela (véase nota 14 y texto correspondiente), y otras muchas más, ya ajenas al mundo de los jeroglíficos; entre ellas, no nos resistimos a transcribir una leyenda que recuerda M. J. Rubiera, *op. cit.* en nota 20, p. 53, tomándola de al-Qazwini: Cuando Marwan, último califa omeya, destruyó la muralla de Palmira, apareció la estatua yacente de una mujer; "en una de las trenzas había una lámina de oro en la que estaba escrito: En tu nombre, Alá. Yo soy Palmira, una hermosa muchacha: Alá hará caer la indignidad sobre quien penetre en mí. Pero Marwan ordenó quemarla y no quedó nada de su belleza. Sólo unos días después Abd Allah ibn Alí combatió a Marwan, destruyó su ejército y terminó con la dinastía de los Omeyas".

(22) Sin embargo, se pueden recordar, por ejemplo, las inscripciones que se suponían en el obelisco del Vaticano, considerado tumba de César (véase, por ej., F. Gregorovius, *Roma y Atenas en la Edad Media*, México-Madrid, 1982, p. 75, donde cita la *Graphia*).

Como en el caso anterior, las *Parastáseis* resultan misteriosas, voluntariamente oscuras: cuando el sabio Asclepiodoro ve una estatua del Hipódromo (probablemente un Heracles en reposo), y le señalan su inscripción en mármol, se limita a sentenciar: "Era bueno no conocer por adelantado las cosas que han de ocurrir. Por ello hubiera sido mejor para mí no haber leído la inscripción" (§ 65). Otro doctor y filósofo, Galeno, descubre en los jeroglíficos y signos astronómicos inscritos en unas gorgonas el próximo fin del emperador Zenón, y llega a ser por ello condenado a muerte y ejecutado (§ 40). Incluso cuando se nos transcriben algunas inscripciones, éstas son extrañas o amenazantes: sobre una estatua está escrito: "Sea ahorcado quien mueva los monumentos" (§ 26).²³

Sin embargo, también en este caso las *Parastáseis* suponen un caso extraño dentro de la literatura. A los viajeros occidentales (que, lógicamente, creían a sus interlocutores cuando éstos les "leían" inscripciones en griego) se les debían de contar maravillas, que éstos se apresuraban a poner por escrito. El cruzado Robert de Clary, en este sentido, es revelador: recoge para varios documentos leyendas proféticas, y añade siempre que había un texto que las explicaba.²⁴ Así, en las columnas historiadas que entonces podían verse en la ciudad estaban "pourtraites et escrits par prophetie toutes les aventures et toutes les conquestes qui sont avenues en Constantinoble", incluso la llegada de los cruzados²⁵; y había dos estatuas de mujeres con muy

(23) Acaso una simple fórmula execratoria de las que eran tan comunes en la Antigüedad (véase, sin ir más lejos, el *lapis niger* del Foro de Roma), pero que parece tomarse en sentido muy intenso.

Alguna vez, el autor de alguna ficha de las *Parastáseis* parece leer alguna inscripción, pero a menudo la interpreta mal, y crea leyendas sin sentido, como cuando confunde a un auriga con un emperador del mismo nombre (§ 38 y comentario correspondiente). De cualquier modo, siempre se considera una gran prueba de saber y una fuente real de conocimientos, incluso proféticos, la capacidad de descifrar las inscripciones (véase, por ej., § 69).

(24) R. de Clary ve inscripciones por todas partes. Incluso al hablar de la citada estatua de Justiniano ante Santa Sofía (que, según la contaron, era "Eracles li empereres"), habla del símbolo de la mano levantada como amenaza a los sarracenos, pero añadiendo que había una inscripción alusiva para tal interpretación.

(25) Robert de Clary, en Ch. Hopf, *Chroniques gréco-romaines*

curioso significado: "Si tendoit li uns de ches ymages sa main vers occident et avoit letres escritas seur lui qui disoient: «Devers occident venront chil Constantinoble conquerront»; et li autres ymages tendoit main en un vilain lieu, si disoit: «Ichi», fait li images, «les boutera on»" (pár. XCI).

Cuando hay inscripción, ya no es necesaria a veces la estatua. ¿Cómo no recordar en este sentido una curiosa leyenda recogida por Mandavila, receptor de todo tipo de fantasías?: "Como el emperador quisiese que fuese enterrado un pariente suyo dentro de la iglesia de Sancta Sofía, cavando la sepultura fallaron un otro cuerpo dentro en la tierra, sobre el cual estaba una chapa de oro fino en la cual había letras de oro en hebraico, griego y latín, contenientes en si: «Jesucristo, nascido de la Virgen María, yo creo en Ti»; y la data mostraba que fue enterrado aquel muerto dos años antes que Jesucristo fuera nascido, y hoy en este día aquella chapa está guardada en la tesorería de Sancta Sofía. Y aqueste dicen que fue Hermes, el sabio filósofo".²⁶

Como vemos, el bizantino se nos va perfilando ya con un carácter peculiar, inquieto por la sabiduría oculta, por las profecías, por la letra escrita concebida como misterio, por el prestigio de quienes son considerados sabios. Es fundamentalmente fatalista, aunque a veces se le escape un rasgo de humor.

Pero podemos ahondar más en su espíritu, y para ello dirigirnos al ya repetido artículo de C. Mango. Su tesis principal, la que da nombre a nuestro estudio, es que, hacia las estatuas antiguas, "the popular attitude (matizando el adjetivo "popular" en el sentido que hemos visto) was based on the assumption that statues were animated".

inédites ou peu connues, París, 1873, o R. de Clari, *La conquête de Constantinople* (ed. Ph. Lauer), París, 1924, p. 81-90 (vol. XL de "Les classiques français du Moyen Age"), § XCII. Sobre estas columnas, véase nota 81 de la edición de las *Parastáseis* citada en nota 3, donde se menciona la versión de esta leyenda en la *diegesis* del s. XVI). En realidad, retoma una idea ya expresada en las *Patria*, pár. 47, sólo que allí se piensa que los futuros conquistadores han de ser los rusos; véase también en *Patria*, pár. 50, otro monumento con inscripciones proféticas sobre el fin del imperio.

(26) J. de Mandevila, *op. cit.* en nota 14, p. 17-18.

En su opinión, es una postura derivada de la creencia popular paleocristiana de que las estatuas estaban habitadas por demonios, y sostenida por el realismo que, para el observador bizantino, tenía el arte clásico. Las estatuas que no fueron destruidas mantuvieron su animación, aunque los demonios fueron gradualmente cambiando de personalidad. Su maldad se hizo latente, pero sin desaparecer, por lo que era mejor dejarlas tranquilas. Tal vida y actividad de las estatuas se podía manifestar de diversas formas: unas veces avisaban de calamidades; otras, se vengaban de sus destructores; otras, eran talismanes útiles para someter a prueba ciertos problemas o juicios, o para proteger contra ciertos males; en este sentido, muy a menudo debían su poder a un embrujo del gran mago Apolonio de Tiana²⁷; en otras ocasiones, constituían dobles mágicos de ciertas personas, colectivos o naciones²⁸; en otras, finalmente, podían cumplir funciones variadas como seres vivos (aparecer en sueños eróticos; poder ser azotadas o, por el contrario, vestidas o bien tratadas con fines mágicos; ayudar o perjudicar mediante signos o gestos, etc).

Para ilustrar todas estas facetas y opiniones, C. Mango relata lógicamente muchas leyendas, tomadas en su mayor parte de las *Parastáseis*. No vamos a repetir las aquí. Tan sólo señalaremos una nueva, que puede dar idea de lo que era tal mentalidad, y que aparece relatada en el *Skillitzes Matritensis*²⁹. En resumen, ocurrió que

(27) Ya hemos visto antes su actividad en ciertas puertas de hipódromo. Sobre la leyenda de Apolonio de Tiana, puede verse bibliografía en la nota 135 de E. L. Bowie, "Apollonius of Tiana: Tradition and Reality", *ANRW*, II, 16, 2 (Berlín, 1978), p. 1652-1699. Véase también G. Dagron, *op. cit.* en el primer párrafo, p. 104 ss. En Constantinopla, a Apolonio de Tiana se le atribuían muchos talismanes, recordados incluso por viajeros. El prisionero árabe Harun ibn Yahya (h. 900) mencionaba un reloj mecánico, con 24 puertecitas que se iban abriendo y cerrando a la hora correspondiente, y unas figuras de caballo que eran las que permitían el correcto adiestramiento de los caballos bizantinos, todo hecho por Apolonio (véase en A. Vasiliev, "Harun-ibn-Yahya and his description of Constantinople", *Seminarium Kondakovianum*, V, 1932, p. 160-161).

(28) En este sentido, véase la leyenda de Palmira relatada en nuestra nota 21, donde se advierte que esta idea no era del todo privativa de Constantinopla.

(29) S. Cirac Estopañan, *Skillitzes Matritensis*, Tomo I, Barcelona-Madrid, 1965, nº 360, f. 141 v.a.

se propagó una peste que hacía morir al ganado vacuno, y que comenzó, según se decía, en época de Romano I (920-944). Ello se debía a que, al construirse un palacio para dicho emperador, fue hallada una cabeza de buey en mármol, y los albañiles, desconsiderados, la arrojaron a un horno de cal. Es un caso claro de venganza de una estatua destruida, y de la interpretación de la escultura como doble mágico de toda una especie animal.

Las *Parastáseis*, sin embargo, parecen ponerle un límite a la "animación" de las estatuas. Estas pueden tener intenciones, pueden caerse, oscilar, mantenerse en pie durante una ruina general, dar lugar a terremotos o a otros acontecimientos³⁰, pero no pueden, en principio, saltarse la ley física de su inmovilidad y silencio, pues al fin y al cabo están hechas de bronce o mármol. Sólo en una ocasión se nos habla de la estatua de un toro de bronce que —según se decía (el subrayado es nuestro)— mugía una vez al año antes de una catástrofe, y que había sido lanzado al agua hacía un siglo, hacia el año 600 (S 5a). La lejanía del acontecimiento permitía dejar el asunto en la duda.

Pero, como hemos señalado, las *Parastáseis* suponen una criba de leyendas populares realizada en un ambiente semiculto, y por tanto crítico en alguna medida. Patriarcas y emperadores, que eran capaces de cortar cabezas y manos de las estatuas para "descabezar" a un ejército enemigo o "mutilar" una rebelión popular³¹, probablemente no llegaban a creerse que una estatua pudiese moverse o hablar, a no ser por algún milagro divino. En cambio, sí parece que a nivel verdaderamente popular se llegaban a aceptar como posibles los movimientos de las esculturas, con tal de que fuesen cosas del pasado. El propio Mango cita (p. 59) una leyenda en que ciertas estatuas anuncian en voz alta en Alejandría la caída del emperador Mauricio (año 602); y, en la propia Constantinopla, todavía pudo Pedro Tafur, en pleno siglo XV, recoger una historia de este tipo. Según nos relata, en el Hipódromo había en su época una estatua de hombre, a la que llamaban "el Justo", y que había servido para dirimir pleitos de

(30) *Parastáseis*, S 8 (estatuas que oscilan); S 6 (estatua que se mantiene en pie durante un incendio de toda la ciudad); S 75 (estatua que se cae de un pedestal durante un terremoto, pero que se queda de pie en el suelo); S 4 (estatua que, al ser retirada, da lugar a un terremoto).

(31) Ambas leyendas citadas por C. Mango, *op. cit.* en nota 1, p. 61.

precios en el mercado: cuando se le ponía el precio justo en la mano, la cerraba. En una ocasión, un caballero, no contento con el precio que la estatua juzgó justo por su caballo, cortó la mano a la estatua, la cual dejó así de juzgar. El precio pagado fue muy bajo, pero lo cierto es que, a poco de vendido, el caballo murió, y era el precio de su piel y de sus herraduras.³²

Queda por tanto remachada la opinión que nos habíamos formado sobre la credulidad de los bizantinos, y añadida la idea de la vitalidad y fuerza intrínseca, mágica o de cualquier otro tipo, que para ellos tenían las imágenes. Como vemos, no era un problema "bizantino" y meramente teológico el que se discutía en la querrela iconoclasta: el bizantino creía visceralmente en la energía de las estatuas y, lógicamente, de los iconos. No podía destruirlos sin temer su venganza.

Pero no queremos concluir este estudio sin abordar, aunque sea de paso, un aspecto concreto que nos ha surgido al tratar de las estatuas antiguas. ¿Cómo veían los autores de las *Parastáseis* el pasado pagano de su ciudad? C. Dagron aborda este problema a través de distintos libros (*Patria*, Hesíquio, etc.), y llega a una elaboración muy completa de lo que, en realidad, era una historia semimítica (p. 61 ss). Pero lo cierto es que este conjunto de leyendas no era ni siquiera bien conocido en la propia Constantinopla. Los autores de las *Parastáseis* muestran su confusión al respecto.

Lo primero que choca, y que parece lo más claro en su concepción histórica, es un gran corte en la época de Constantino. Quien está acostumbrado, por ejemplo, a las leyendas de la Roma medieval contenidas en la *Graphia* o en las *Mirabilia Romae*, con el intento que revelan de hallar continuidad entre la Antigüedad y el Medioevo (visiones cristianas de Augusto; evolución del Panteón; Fidias y Praxiteles —como hemos visto— anunciando la llegada de Jesús, etc.)³³, no puede dejar de sentir cuán diferente era la actitud

(32) La existencia de leyendas sobre estatuas que se mueven y hablan se da también, lógicamente, fuera del mundo bizantino: véase el "Convitado de Piedra", y, en otro sentido (el de los milagros, que es un tanto peculiar por contar con el respaldo de la omnipotencia divina), el "Cristo de la Vega". Sin embargo, en el ambiente bizantino, por ser constante la presencia de estatuas "animadas" de diversos modos, cobra este problema un significado diferente.

(33) Véase estudiada esta visión en concreto en M. Adriani, "Paganesimo e Cristianesimo nei «Mirabilia Urbis Romae»", *Studi Romani*, VIII, 1960,

bizantina. Para las *Parastáseis*, el paganismo significa un período confuso, casi digno de olvido en la ciudad,³⁴ en el que cobran vida personajes legendarios (Byzas, Antes) mientras que personajes históricos se desdibujan (Severo, Herculio), hasta confundirse todos como enemigos de Constantino, en un extraño baile de siglos. Sólo alguna ficha aislada, realizada quizá por alguien más culto, llega a mencionar en orden algunos emperadores del siglo III (§ 85), o a citar emperadores anteriores. Los paganos no pasan de ser un lejano trasfondo de gente que sacrifica seres humanos a las más extrañas deidades,³⁵ e incluso a animales (por ejemplo, a un elefante en § 37). Y, desde luego, el emperador Juliano es el más malvado de toda esta ralea: usa un toro de bronce del Hipódromo para matar cristianos (§ 42); se hace estatuas para que le adoren como a un dios (§ 47); es

p. 535-552. Planteamientos de este tipo se dieron también en el mundo bizantino (véase C. Mango, *op. cit.* en nota 6, p. 56), pero parecen limitados al nivel literario (falsos oráculos cristianos de Aristófanes y Platón, etc), sin plasmarse en objetos sensibles o en obras plásticas. El único caso que parece salirse de esta norma, lo mencionamos en el último párrafo de nuestro texto.

(34) De ahí, sin duda, la extraña escasez, casi ausencia, de leyendas sobre tumbas de personajes famosos de la Antigüedad. Parece como si en Constantinopla se tuviese muy presente la importancia primordial de la nueva fundación de la ciudad por Constantino. Por ello son raras, y sin duda de carácter muy popular, las leyendas que sitúan, por ejemplo, la tumba de Constantino en el obelisco del Hipódromo (Pedro Tafur, *op. cit.* en nota 20, p. 178), o la tumba de Justiniano sobre su columna, a los pies de su estatua ecuestre (véase A. Vasiliev, *op. cit.* en nota 27, p. 160; ahí se citan (nota 57) varios autores árabes que recogen esta idea, aunque llamando al emperador "Constantino").

Por la misma razón, faltan en Constantinopla otro tipo de leyendas comunes en todas partes: las que exageran hasta términos inverosímiles la antigüedad de algunos monumentos. Sólo podemos recordar la curiosa leyenda citada por Ibn Battuta (*op. cit.* en nota 21), según la cual de Santa Sofía "se dice que la construyó Asaf b. Barajya, primo hermano de Salomón por parte de madre".

(35) Baste citar para caracterizar a estos paganos la definición de uno de ellos: "Cucobitio el filósofo, un campeón de los ídolos y sacrificador de su mujer y dos niños" (§ 41). Sacrificios de vírgenes y animales aparecen mencionados en § 22.

brujo, y destruye imágenes cristianas (§ 48).

Sin embargo, el corte entre paganismo y cristianismo, entre la vieja Bizancio y la nueva Constantinopla, no es total. Hay precisamente un punto, intensamente vinculado a las estatuas antiguas, en el que los autores de las *Parastáseis* se sienten unidos a sus lejanos antepasados. Es, como estudió Dagron, la noción de "filósofo", sabio o científico, que no había hallado paralelo en el cristianismo. El "filósofo" es el que respeta las estatuas, el que intenta entender sus mensajes y los de los viejos epígrafes. Y, lógicamente, está muy unido a su persona el mundo oscuro de la magia, la astronomía y la capacidad de profetizar.

En consecuencia, son los lejanos saberes esotéricos los que, despojados de su vertiente perversa, la brujería ³⁶, mantienen el contacto entre los sabios del paganismo y los del cristianismo más acendrado. No es casualidad que el único intento serio del cristianizar a un personaje pagano en Constantinopla se diese, como hemos visto en versión de Mandavila, con el mítico alquimista y sabio Hermes, convertido en profeta de Jesús.

(36) En la brujería pagana, junto a profecías, magia y astronomía, se dan sacrificios humanos (§ 20).